

### ***Enemistad y sororidad: Hacia una nueva cultura feminista***

El feminismo constituye una cultura que, en su globalidad, es crítica de un sujeto social -las mujeres-, a la sociedad y la cultura dominantes, pero es mucho más: es afirmación intelectual, teórica y jurídica de concepciones del mundo, modificaciones de hechos, relaciones e instituciones; es aprendizaje e invención de nuevos vínculos, afectos, lenguajes y normas; se plasma en una ética y se expresa en formas de comportamiento nuevas tanto de mujeres como de hombres. Como nueva cultura, el feminismo es también movimiento político público y privado que va de la intimidad a la plaza; movimiento que se organiza, por momentos con mayor éxito, para ganar pedazos de vida social y de voluntades a su causa, y para establecer vínculos y encontrar su sitio en otros espacios de la política.

En segundo término, es preciso reconocer en la cultura feminista la diversidad de feminismos que surgen de sus distintos momentos de elaboración de acción, de sus historias y de las particularidades de las mismas mujeres que han participado en y de esta cultura vital. Definen también a los feminismos, las sociedades en que ocurren, sus formas de organización, así como la cultura política prevaleciente entre quienes la enarbolan y quienes la combaten; por cierto, el feminismo se despliega en ambientes democráticos y contribuye a crearlos.

En efecto, hoy es posible reconocer ya una cultura feminista. Es posible también distinguir en ella diversos feminismos, constituidos por las formas específicas en que se organizan el conocimiento y la sabiduría, los lenguajes, los hechos y las experiencias políticas personales y colectivas protagonizadas por las mujeres.

Nuestro feminismo se caracteriza:

- a) Por ser una crítica marxista a la historia, incluso a la que han elaborado los marxistas. Y lo es, en dos sentidos: uno antinaturalista que pone en el centro el devenir de la sociedad y la cultura como creaciones sociales y analiza el surgimiento de hombres y mujeres, como productos tardíos y sofisticados en el proceso histórico. Se caracteriza este feminismo marxista, por el esfuerzo en la rehechura de la historia por las mujeres, desde su propio sitio, y devela la estadía de las mujeres en la historia misma.
- b) Por ser una crítica etnológica al androcentrismo, a partir de la cual, el feminismo deviene filosofía cuyo eje recoge la diferencia (genérica, erótica, étnica, nacional, lingüística, de edad, entre otras), integra al ser mujer, y permite el análisis de sociedades y culturas genéricamente constituidas.
- c) Por incorporar una crítica psicoanalítica de la cultura que considera historia sólo a la racional, a la evidente: es una concepción que devela e incorpora dimensiones psíquicas de la experiencia -como las síntesis entre lo inconsciente, lo preconscious y la conciencia, entre lo real, lo imaginario y lo simbólico-, a la concepción de la realidad y la considera determinante en la historia.

d) A la definición clásica de lo humano, de lo cultural, por el trabajo, hemos sumado otras actividades creativas: al valor otorgado a la racionalidad, incorporamos el valor de nuestra irracionalidad; a la visión esquemática y autoritaria de la política, enfrentamos una visión de la vida toda, como política; a la separación de cuerpo y mente incorporamos la integración de dimensiones diversas en cada sujeto, que involucran el cuerpo y la mente, los afectos, las actividades intelectuales y la sexualidad erótica y procreadora: construimos sujetos multidimensionales; a la afirmación del progreso de la humanidad respondemos con la idea de la inexistencia de la humanidad debido a la enajenación de los sujetos que nos antagoniza, y a la de progreso respondemos con la demostración de que es éticamente inadecuado y teóricamente inconsistente afirmar el progreso de una humanidad que no existe, entre otros hechos, debido a la opresión patriarcal de las mujeres y a las diversas opresiones con que se combina: las opresiones de etiología clasista, étnica, nacional, religiosa, de edad, así como la no sintetizada opresión de la violencia, y las que surgen de la inminencia de la destrucción de todos por unos cuantos, o de la salvación a cambio de la obediencia.

Como estas aproximaciones a la realidad las mujeres feminizamos, de hecho, las representaciones del mundo e intentamos modificar las formas de vida. Son creaciones colectivas hechas desde el lugar que las mujeres ocupamos en el mundo y hoy son realizadas principalmente por mujeres. Sin embargo, el feminismo es un espacio abierto y se enriquece con hechos que suceden en los lugares más alejados y en los recovecos de la vida social y la cultura: los avances civiles, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, los alcances cada vez mayores de difusión de la palabra, de la voz, de la imagen, la emancipación de otros grupos, todo ello es riqueza de la que nos hacemos cargo.

El feminismo es una voz, es palabra diferente que nombra, enuncia, devela, analiza y duda, son nuevos valores y códigos éticos, y es hedonismo cuyas raíces tienden a la síntesis vital de lo físico, de lo afectivo, de lo intelectual y de lo erótico. El feminismo sintetiza la experiencia histórica de un género en la que cuerpo y mente, cuerpo y afectos, razón y afectos, no están separados: las mujeres somos nuestros cuerpos y nuestra subjetividad.

El feminismo es, en esencia, política en acto. Es una crítica filosófica e ideológica a la cultura política autoritaria y al poder como dominio, y reivindica en acto el poder como derecho a existir, como afirmación de los sujetos por sí mismo.

Como concepción del mundo inacabada y desigual de las mujeres, el feminismo es subjetivo porque expresa sujetos particulares incrédulas de la verdad, del dogma, de la perfección y de la objetividad. Es un conjunto de concepciones con distintos niveles de integración que siempre está por ampliarse; su condición es el cambio. El feminismo incide y surge de las formas diferentes de ser mujer, en cada mujer.

De esta manera, el feminismo se perfila como alternativa a la cultura política porque, en contradicción con las teorías de la revolución, es una de esas revoluciones que en su permanente construcción - desconstrucción no estalla, no irrumpe: ocurre cotidianamente y en su devenir transforma a mujeres y hombres, a las instituciones, a las normas, a las

relaciones; enfrenta y desacraliza los fundamentos de tabúes, así como los ritos y los mitos que hacen su representación simbólica.

Desde su parcialidad, el feminismo anticipa la necesaria visión sobre la condición masculina que aún no emerge de los hombres, en tanto género que no puede reivindicarse más como estereotipo de lo humano.

## 2. La diferencia

“La diferencia funda la subjetividad feminista”, dice Dora. Deberíamos hablar de una diferencia histórica anclada en un cuerpo vivido como lo llamó Simone de Beauvoir (1949). Un cuerpo que es síntesis específica de la historia; es más, debemos decir de los distintos cuerpos vividos a lo largo y a lo ancho de las dimensiones históricas, por las mujeres. No se trata de cuerpos biológicos, que están en la base del naturalismo, sino de cuerpos en movimiento, cuerpos contruidos por las relaciones dialécticas entre biología (sexo), sociedad y cultura, cuyo producto es el género.

Efectivamente, el problema de la diferencia remite a la dificultad de integrar por cada cual lo constituyente del otro género, en una cultura del antagonismo genérico. No significa que no exista, lo diferente es sublimado, reprimido, compensado o proyectado, negado por los hombres. En cambio las mujeres debemos construir nuestra subjetividad e incluso la autoidentidad genérica siempre a partir de valores, códigos, lenguajes y contenidos masculinos que definen nuestra feminidad en esos términos: lo humano -desde la mitología hasta la filosofía- es lo masculino: en castellano, esta homologación se sintetiza en la igualdad establecida entre humanidad y hombre.

Pero la diferencia no ocurre sólo entre mujeres y hombres sino también entre mujeres. Es tal la enajenación, que la separación entre yo y la otra se convierte en distanciamiento, en desconocimiento, de aquello que compartimos como condición genérica, así como de lo específico: desconocemos también mi yo en la otra, y su yo en mí. Así, la diferencia para las mujeres es doble; se trata de una diferencia en relación con los hombres como paradigma patriarcal y estereotipo de lo humano y, a la vez, de la diferencia de cada una en su individualismo antagonizante en relación con las otras.

Cada una encarna la mala temible para todas las demás; es la madre mala, no sólo diferente, sino dañina. En esta dialéctica, lo común es anulado y sólo queda entre las mujeres aquello que las separa -clases, grupos de edad, relación con los hombres, con los otros y con el poder, color, belleza, rango, prestigio-, es decir, lo que está en la base de su enemistad histórica. Así se mantienen en solitaria disputa con las otras, por un espacio para sobrevivir, incapaces de alianza y de pacto.

Esta soledad específicamente femenina sólo puede ser subvertida por la posibilidad de encontrarse con la otra, de mirar a la otra convertida en mí, como camino necesario para constituir a la mujer sujeto que reconozca, a la vez, la semejanza con otras y la diferencia con los hombres, y desde ese reconocimiento pueda lograr identificaciones comunes.

Dora señala que “la capacidad de la mujer de distinguir su capacidad cognoscitiva entre sí y lo otro (objeto) es paralela al desarrollo de la autonomía psíquica”. Por eso, para lograr la autonomía psíquica que plantea Dora, la mujer debe vencer el fundamento de su dependencia vital de los hombres, basada en la desposesión frente al poder sagrado, y pasa necesariamente por la identificación con la otra. Sólo así la mujer adquiere límites propios, deja de extenderse en los otros y transita a la autonomía. Elementos de identificación entre nosotras son base de nuestra condición genérica actual: la definición de nuestras vidas en torno a la sexualidad procreadora o erótica, la creatividad, la relación sin límites con los otros (dependencia vital) y una subjetividad ligada a lo primario, a lo arcaico, una existencia siempre subordinada en la opresión por el sólo hecho de ser mujeres. Requerimos identificar estos hechos en su especificidad.

### 3. Feminidad y feminismo

Desde el feminismo resalta el poder como aspecto nodal en los hechos ideológicos. Me refiero específicamente a las concepciones que explican y convierten el poder en algo natural, necesario e inmutable. Diversas ideologías y concepciones legitiman y consensualizan el poder -aún entre aquellos sobre quienes se ejerce-, a partir de representaciones del mundo que hacen de la exclusión, de la opresión y de la explotación, mecanismos indispensables en la vida social. Se trata de la conversión fantástica de las jerarquías, los rangos, los privilegios, el sometimiento, la discriminación, es decir, de las manifestaciones del dominio, en necesidades humanas.

Las ideologías son también espacios de elaboración del poder como hecho creativo, como afirmación de la existencia, pero en general las ideologías dominantes atribuyen este aspecto del poder sólo a quienes son reconocidos social y culturalmente como poderosos.

Los discursos jurídicos o normativos de diverso tipo, los mecanismos de construcción del consenso y de la transgresión del mundo basado en relaciones antagónicas -de género, de clase, de edad, religiosas, raciales, lingüísticas, políticas, entre otras-, son importantes porque remiten al conjunto de determinaciones que enmarcan, rodean y entrecruzan la condición de la mujer y conforman la situación de las mujeres en la vida. En los procesos de construcción de las ideologías destaca tanto la dialéctica social de la cual surgen, como los procesos culturales realizados por especialistas en la conformación de argumentos y explicaciones y en la elaboración de lenguajes: la forma en que los intelectuales las sintetizan permite exponer con cierta coherencia concepciones no siempre afines ni compatibles.

Destaca la contribución de las ideologías a la conformación de la feminidad, al contenido genérico de las mujeres en la sociedad y en la cultura patriarcales. Es evidente que en el fenómeno sociocultural de la feminidad es posible delimitar la ideología de la feminidad que lo constituye, pero no lo agota: se trata de un cuerpo conceptual más o menos coherente y sistematizado que define a las mujeres, a la vez que les otorga elementos para percibir, sentir, conceptualizar, analizar y explicar el mundo; asimismo, la ideología de la feminidad como representación abstracta y simbólica del mundo y como precepto está presente en las formas

femeninas de vivir la vida (desde el género hasta el mundo personal de cada una).

El aleph de esta observación de la feminidad son las mujeres, en tanto sujetos protagónicos de la feminidad y del feminismo: algunas formas de relación enemistosa entre mujeres, derivadas de la feminidad, se reproducen en mujeres feministas y en el movimiento feminista. La ideología de la feminidad surgida de la competencia social de las mujeres resalta las diferencias entre ellas, hasta convertirlas en barreras infranqueables para la alianza. Y a la inversa, en la ideología feminista que emana de la necesidad objetiva de construir la alianza, se destaca lo común entre las mujeres y se minimizan sus diferencias. Ambos tratamientos ideológicos a lo común y a lo diferente enrarecen el encuentro entre las mujeres, se basan en el prejuicio. El problema político para el feminismo es que las feministas reproducimos la rivalidad entre las mujeres y lo hacemos oscureciendo este hecho con una ideología de la democracia cuya afinidad político - ideológica conduciría al igualitarismo y a la eliminación automática de las formas de poder tradicional.

Plantear el análisis de este problema tiene como objeto exponer y analizar algunos de los aspectos enajenantes en las relaciones entre las mujeres, específicamente entre las feministas, las cuales se reproducen tanto por las relaciones reales que mantienen entre sí, como por las ideologías que las guarecen.

La importancia de la dialéctica entre la feminidad, el feminismo y las mujeres, tiene como base una preocupación filosófica y política central en el feminismo contemporáneo: la necesidad de conocer de manera crítica la identidad de la mujer y las identidades de las mujeres con un sentido. Se trata de contribuir de manera consciente a la construcción del sujeto mujer, a la transformación de las mujeres en sujetos que se vinculan con otros sujetos en la construcción de la sociedad y de la cultura, con un sentido libertario.

La construcción del sujeto mujer pasa por la identidad genérica y por la autoidentidad, tanto en el esfuerzo intelectual de pensar a la mujer, de crear una sabiduría feminista capaz de aprehender a las mujeres en su complejidad, como en la perspectiva de plantear qué queremos de la sociedad, de la cultura, de las mujeres mismas. Esta metodología constituye una cualidad en el feminismo contemporáneo : eliminar la opresión significa para las mujeres conocerse desde su propia concepción del mundo, transformar su identidad y, así, protagonizar la historia.

#### 4. Las mujeres y la ideología de la feminidad

La feminidad es un atributo genérico adquirido, que las mujeres deben refrendar de manera permanente: cada minuto de sus vidas deben realizar actividades, tener comportamientos, actitudes, creencias, una subjetividad y lenguajes específicos, y desarrollar a través de relaciones, en las cuales las mujeres tienen el deber de realizar su feminidad. En cada momento están a prueba frente a sus jueces, los hombres, y las demás mujeres. A partir de un sistema de cómputo y calificación consuetudinario pero riguroso, ocupan posiciones jerárquicas, adquieren prestigio y rango, de acuerdo a su desempeño femenino. Cualquier falla en relación a la norma de feminidad vigente es ponderada como pérdida de la mujer por los

otros o por sí misma. La transgresión de tabúes, el abandono de actividades, de formas de comportamiento, de actitudes, y de todo aquello que se considera atributo femenino -ya sea por propia voluntad o por compulsión generada en cambios técnicos y sociales- implica pérdida de feminidad. Lo mismo ocurre con la realización de actividades definidas como masculinas o con la adopción de modales, actitudes, vestimenta, hábitos y horarios asimilados a los hombres: causan en las mujeres pérdida de feminidad y masculinización. Así, se puede ser más mujer o menos mujer (“toda una mujer”, “un mujerón”, “¡qué mujer!”; por el contrario, “parecen hombres”, “hacen cosas de hombres”, “ya no se sabe qué son”).

La pérdida de feminidad y adquisiciones de masculinidad son también valoradas desde una ética; en este sentido, las mujeres son buenas o malas según cumplan con los estereotipos (“buenas mujeres las de antes que aguantaban todo”, “buenas mujeres las que amamantan a sus hijos”, “malas mujeres las descaradas, las que se van a trabajar”).

## 5. El poder

El feminismo surge y se define frente al poder. Es la respuesta y la acción protagónica de las mujeres, a partir de su condición genérica, para subvertir el poder que las reproduce en la opresión.

En un principio, se concibió lo opresivo como exterior a las mujeres. En esta perspectiva, el feminismo realizó aportaciones importantes para la elaboración del conocimiento sobre la condición de la mujer. Sin embargo, la confrontación de la mujer con el poder exterior no agota la compleja problemática que en torno al poder viven las mujeres.

En las relaciones con los hombres, en la sociedad, en las instituciones privadas y públicas, las mujeres están sometidas al poder; en esos mismos espacios, en esas relaciones sociales, en las formas de comportarse, de sentir, de percibir el mundo y de actuar sobre él, las mujeres también son poderosas. Porque el poder no es unidireccional: sucede en el espacio de las relaciones sociales y es dialéctico. El más débil entre los oprimidos tiene y ejerce cuando menos, el poder de ser el espacio de opresión de otro que lo requiera para existir. De esta manera las mujeres, que por el solo hecho de serlo están sometidas al poder patriarcal, son también poderosas.

Uno de los espacios esenciales de la feminidad y el feminismo es el poder entre las mujeres. Sobre este tema plantearé algunas preocupaciones teóricas y políticas vitales para las mujeres, para el feminismo y para la transformación radical de la sociedad y de la cultura definidas por los poderes opresivos, encarnados por las mujeres mismas.

## 6. Ideología de la feminidad

El espacio de desarrollo del poder sobre las mujeres y del feminismo es la feminidad. De ella surgen algunos de los problemas que enfrentan las mujeres en la política de su existencia y de las relaciones que establecen entre ellas. La feminidad es la distinción cultural, históricamente determinada, que caracteriza a la mujer en sí misma y frente a la masculinidad del hombre.

La ideología de la feminidad se monta sobre la consideración de las características que constituyen la feminidad como atributos naturales, eternos, ahistóricos, inherentes al grupo genérico y a cada mujer particular. “La tesis central es que las cualidades físicas de la mujer, sobre todo las sexuales, implican obligatoriamente relaciones económicas, emocionales, intelectuales, eróticas y políticas. Entre ellas, se consideran sustento y expresión de la feminidad las actitudes, las formas de comportamiento, los tipos de relaciones privadas y públicas, los espacios de vida (de habitación, de trabajo, de diversión), los tiempos de la existencia (para cumplir con el ciclo cultural de vida, para quedarse ya para desplazarse), las actividades propias (desde el no trabajo y el baile hasta la oración y el tejido de redes afectivas en el cuidado de los otros). Así definida, la feminidad es proyectada en la sociedad, en la naturaleza y en el universo, y es contenido de cosas, constelaciones, dioses, enfermedades, animales, plantas, de formas de existencia que, mediante los mecanismos ideológicos de contagio y analogía, son femeninas como las mujeres” (Lagarde, 1988).

En la ideología de la feminidad tradicional se concibe la identidad de las mujeres como natural y, al considerarse que las mujeres son naturalmente iguales, se ignora aquello que las caracteriza, hasta volverlo invisible. Se desconoce lo que las identifica y se destaca hasta la saciedad la diferencia.

## 7. La escisión del género

He llamado la escisión del género a este extrañamiento entre las mujeres: a aquellas barreras infranqueables que las distancian hasta el grado de impedirles reconocerse e identificarse. Se caracterizan por dos mecanismos dialécticamente articulados por un tercero, que es el poder: la naturalidad de la condición genérica se combina con la exacerbación de lo que separa, de lo diferente, es decir, con la situación de las mujeres. Las mujeres hacen a un lado lo común y recalcan, para inferiorizar a las otras y justificar su dominio, las diferencias de clase, de edad, de posición social, de sabiduría, de creencias, de preferencias eróticas, de estatura, de medidas de busto, cintura, cadera y piernas, de lengua, de trabajo, de riqueza, de posibilidades de vida, de relación con los hombres, con los dioses, con el poder.

En otras palabras, se subrayan las diferencias significativas en el mundo ordenado, jerarquizado, antagonizado por el poder, que ubica a la mujer de manera devaluada frente al hombre. Así, las mujeres viven enormes dificultades para identificarse entre ellas, porque en su admiración de lo que no son y de lo que no tienen, en su necesidad del poder, intentan identificarse con el hombre. No se trata de que, por su voluntad, las mujeres se afanen en el desencuentro.

Las vidas de las mujeres están definidas por el poder clasista y patriarcal; están marcadas por la competencia, la exclusión, la propiedad, el racismo, la discriminación y todas las formas de opresión. Al vivir, ellas las reproducen, son sus portadoras.

Las posibilidades de vida de cada mujer contrastan en extremo con las posibilidades de las otras mujeres, al grado de que requieren esfuerzos enormes para no erigir como murallas lo

que las hace, además de extrañas, enemigas: las morenas no se reconocen en las güeras, las altas en las chaparras, las obreras en las empleadas, las viejas en las jóvenes, las casadas en las amantes, las enfermas en las sanas, las locas y las santas en las que no enloquecen, las comunistas en las mujeres de derecha, las lesbianas en las demás. Las feministas son vistas cuando menos con recelo por muchas. Y el colmo: unas feministas no se reconocen en las otras feministas. Para cada mujer todas las demás son la otra. Una de las bases de la ideología de la feminidad consiste en afirmar que se es mujer de manera natural, y en considerar el ser mujeres como un dato preexistente, valorado como algo insignificante. La otra base, que contrasta con la anterior, consiste en sobrevalorar negativamente no sólo las diferencias que antagonizan, sino también las mínimas, y en referirlas tanto a grupos de mujeres como a mujeres en particular.

Cuando las mujeres platican, cuando chismean, es decir, cuando critican a las otras por hechos similares a los propios, se hacen evidentes dos principios de subjetividad: uno descalificador y otro maximizador. La crítica a la otra persigue la separación, la distinción, la prevención del contagio y la impureza: la otra es la inadecuada, la que actuó mal, la que... Escandalizadas, las mujeres ponderan como exclusivas de las otras sus propias cualidades, sobre todo las que consideran negativas en la otra no ocurre sin el antecedente de la rivalidad social de las mujeres, fundada en una de las bases del mundo patriarcal: ninguna mujer es por sí misma.

## 8. La competencia

Las mujeres obtienen el reconocimiento social en su relación con los hombres. A partir de su conyugalidad, la madre obtienen el reconocimiento paternal de su cónyuge para su hija, es decir, la filialidad de ésta.

Por medio de la madre se establece el vínculo compulsivo, social y cultural, que posibilita la vigencia de la paternalidad, es decir, el reconocimiento filial. La competencia entre las mujeres se inicia aquí, con la competencia entre la madre y la hija. Pareciera que por compartir un solo hombre, la conyugalidad de una interfiere con la filialidad de la otra. El cónyuge de una es el padre de la otra en un sistema de propiedad privada individual de las personas en el cual compartir es algo muy complejo. La rivalidad histórica de las mujeres está marcada por este desencuentro entre homólogas genéricas, que expresa la desagregación de la mujer en buena y mala, en madre e hija. Cada una es de manera simultánea mala, buena, hija, madre. Y el mundo se organiza a partir del antagonismo y la dialéctica entre yo y la otra.

En la subjetividad genérica y en la de cada cual, es posible que una represente y actúe para la otra y para el mundo la bondad o la maldad. De esta forma se concreta una separación afectiva y simbólica previa constituida de cada mujer particular: la buena y la mala madre.

La desintegración de la totalidad en la buena la mala madre estructura en gran medida las relaciones entre las mujeres. Desde el punto de vista social, todas las otras son malas, pero afectivamente todas son buenas y malas a la vez. Buscamos en ellas y necesitamos de ellas cuidados maternos, a la vez que en todas depositamos nuestras partes malas: como cuerpos

sólidos que absorben las proyecciones que rebotan los ecos de nuestras voces, y como espejos que reflejan imágenes fantásticas.

La enemista amorosa, generada en la ambivalencia amor - odio, se concreta en relaciones contradictorias específicas limitadas a ciertas personas, o sólo en ciertas condiciones y durante un tiempo. Para cada mujer las buenas son las próximas, las afines: mis amigas, mis parientes, mis pares; las malas son las extrañas. Pero se da también una diferenciación inmediata y, aún entre las mujeres del pequeño mundo, aparecen algunas como malas. En el extremo, la otra es, por principio, mala. Desde esta definición, se construye con algunas la afinidad. En cada relación entre mujeres se reproduce, en diferentes niveles y en distintos grados de dramatismo, la contradicción originada en la internalización separada, binaria, de la madre, que impide integrar sus partes a cada cual, y aceptar a las otras.

La mujer adulta requiere mantener su existencia social a partir de la relación con un hombre no-pariente (por exogamia), y la encuentra (si sucede) en el cónyuge. La necesidad de la realización del lazo vital con el hombre, aunado al complejo conyugal que obliga a la monogamia femenina de las buenas y la poligamia de las malas -simultáneamente con la generalizada poligamia masculina-, hace que cada mujer realice un esfuerzo social y personal enorme para mantenerse en los espacios positivos de la existencia y de la sociedad: primero por conseguir y después por conservar al cónyuge, siempre disponible para las otras. Lo hace a través de sus ligas de parentesco o de sus ligas por afinidad y pacto. El centro vital a través del cual las mujeres se relacionan con los hombres y con las demás mujeres, y ocupan un lugar en la sociedad y en el cosmos, es la sexualidad.

De ahí, la competencia entre las mujeres para sobrevivir en un sistema conyugal asimétrico y en el estricto orden jerárquico de la familia y de todas las instituciones sociales.

Es en este espacio de la competencia -que explica muy bien sus envidias y sus celos-, en el que las mujeres se identifican aún de manera contradictoria. Su identificación es difícil también porque su ser mujer las ubica no sólo en el nivel de las diferencias axiológicas, sino en la desigualdad de vida y en la inferioridad.

El sustrato genérico de la identidad de las mujeres es complejo y contradictorio: es la organización de fragmentos no integrados, "buenos y malos", femeninos -maternos-, de valores positivos estereotipados en el hombre que no corresponden con su género, y una definición afectiva básica de autodevaluación política.

El mundo patriarcal no tolera la solidaridad que puede desarrollarse entre las mujeres por compartir la condición genérica más allá de las diferencias en sus situaciones de vida. Por su parte, las mujeres, fieles custodias de la cultura patriarcal, valoran a las otras en el error a través de la competencia fundada en la envidia, en los celos, en la descalificación. Yo siempre ve en las otras el mal, y el bien en sí misma. Cualquier problema que enfrentan las demás es minimizado para inferiorizar a la otra, quien resulta no sólo responsable sino culpable. Se desconoce que lo que acontece a la otra puede sucederle a cada una, y los tropiezos y las desgracias personales se justifican con interpretaciones circunstanciales y

mágicas. Con saña, una mujer descalifica a otra por cosas que ella misma ha hecho o que le han ocurrido. Entre mujeres “ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio” es, más que una forma lógica de pensamiento, una actitud de salvaguarda de la propia imagen ante la posible contaminación.

Cualquier mujer es potencial enemiga. Cada mujer disputa a todas las demás un lugar en el mundo a partir del reconocimiento del hombre y de su relación con él, de su pertenencia a sus instituciones sociales y del amparo del poder. La primera relación de la mujer -ambivalente y contradictoria, a la vez de enemistad y de amor- es con su madre. Después se extiende a todas las otras mujeres próximas y lejanas: amigas, hermanas, hijas, todas las parientas, compañeras de trabajo o de grupo social. El conflicto es vivido también dentro de cada una.

## 9. La cercanía

Con todo, las mujeres se acercan unas a otras. Lo extraordinario es que en ese territorio bélico construyen amistades complicadas y creativas. Su enemistad amorosa, el mundo dividido en yo y las otras, la axiología del bien y el deber ser, no son fuerzas suficientes para impedir ese encuentro. Las mujeres se atraen y se necesitan: existen porque las otras les brindan existencia; no sólo por la relación positiva con la madre, sino porque para poder ser mujeres, para cumplir con su cometido social y personal, requieren de las otras. Ninguna mujer es capaz de desarrollar por sí misma las actividades y las funciones de mantener las relaciones que le son exigidas por su género. Cada mujer requiere de las otras para existir. No obstante, los mitos, en ninguna sociedad la madre es una sola mujer: lo son varias; la maternidad es siempre una intuición colectiva. Es igualmente evidente que los cuidados a los hombres son realizados por una red de mujeres que se ocupan de ellos simultánea y sucesivamente: la madre, las nanas, las tías, las abuelas, las esposas, las concubinas, las amantes, las prostitutas, las hijas, las sirvientas, las hermanas, las secretarias, las comadres, las amigas y muchas más. Y, ¿qué sería de las mujeres sin las amigas, las vecinas, las comadres, todas las confidentes, acompañantes y, sobre todo, sin las cómplices?

## 10. Ideología femenina e ideología feminista

La mujer es un hecho colectivo. Ninguna mujer puede agotar las actividades y las funciones asignadas a la feminidad. Para que cada una cumpla con su feminidad cuenta, sin saberlo, con lo que hacen las otras para que ella exista.

La diferencia de la ideología de la feminidad, la ideología feminista concibe a las mujeres, por el hecho de serlo -y en particular las feministas-, no tienen contradicciones. De acuerdo con esta visión, comparten, además de la condición genérica, una causa común y sus relaciones no reproducen ni la enemistad ni el poder tradicional. En esta perspectiva se llega al extremo de creer en la afinidad de las mujeres como algo dado, inherente a todas ellas e incuestionable. Se piensa que esto es cierto con mayor razón entre las feministas, cuya afinidad genérico - política las salvaguarda de lo que se concibe como feminidad condenable.

Se cree que el feminismo no es parte de la feminidad, que vuelve diferentes a las mujeres, que ese nuevo ser (la feminista) ha trascendido los problemas y las formas “inferiores y tradicionales” de relación y de trato que imperar entre las otras.

Las feministas son, en efecto, diferentes: pero siguen siendo mujeres. Si hubieran dejado de serlo, no serían feministas. Como mujeres, no están exentas de cuanto denuncian y critican en la sociedad y en las otras. Las maneras en que lo viven pueden ser variadas, pero la definición básica de sus vidas es la misma.

No obstante el discurso ideal, así como las otras mujeres no se reconocen plenamente en las feministas, éstas últimas recalcan sus diferencias de las demás adjudicando a tales diferencias una valoración de superioridad.

El temor y el desencuentro -producto de la competencia, el desprecio, la envidia y la admiración- generan sentimientos de desigualdad. Caracterizan la relación entre mujeres y mujeres feministas, impiden el despliegue del feminismo, y desembocan en la imposibilidad de convencer a toas aquellas que por su condición podrían hacer suyas algunas propuestas feministas. Esto ocurre porque las más reticentes al feminismo son las mujeres, que consideran a las feministas prepotentes, traidoras y amenazantes.

La reacción es explicable, porque el feminismo si es una agresión a la feminidad de las mujeres. Pero también abre expectativas, invitar a hurgar en recovecos y a buscar caminos: es espacio de encuentro entre pares: ¿Por qué existe, entonces, tanta dificultad para que unas nos identifiquemos con las otras?

A diferencia de la ideología de la feminidad, el feminismo pondera en teoría común, el bagaje genérico -la condición histórica compartida por todas- y minimiza la importancia de las diferencias. Sobre esta tesis trata de desplegar su influencia política. Pero el solo hecho de llamarse feministas ha vuelto distintas y lejanas a quienes dan pasos por sendas nuevas y critican lo único que cada una saber ser.

La ideología que recalca diferencias y el feminismo que parte de la identidad común emergen de la feminidad. Ambos núcleos ideológicos -tanto el de la identidad patriarcal como el de la identidad basada en el feminismo- ocultan y comparten aspectos centrales, pero de manera inversa. Ambas concepciones están basadas en el prejuicio. Cada una cubre y resalta en contrario, o con signo opuesto, lo que la otra devela y destaca. Este mecanismo de imágenes de espejo se explica porque el feminismo surge como una crítica a la condición histórica de la mujer y a las situaciones de vida de las mujeres, y se expresa a partir del código patriarcal. En ese sentido es un contradiscurso; además, porque el feminismo propone un mundo contrario en algunos aspectos al anterior y novedoso en otros. Desde esta perspectiva, el feminismo ha sido concebido por Dora Kanoussi como nueva cultura.

En el feminismo se ha desarrollado una tendencia ilusionista: las mujeres creen vivir lo que proponen. De manera fantasiosa se confunden las tesis ideológicas con la realidad. Se piensa y se cree estar viviendo de acuerdo con las concepciones utópicas. Desde esa confusión de planos entre la realidad y el deseo, se aprecian la propia vida y la sociedad. La ideología se

confunde con los hechos y oculta lo que realmente ocurre. Este fenómeno ocasiona profundas contradicciones e incontables sufrimientos a las mujeres que intentan llevar a la práctica la vivencia de la fantasía. En el nivel colectivo, propicia juicios erróneos sobre las circunstancias, los procedimientos y las acciones feministas, así como sobre su evaluación. De manera voluntarista se cree que en el micromundo se logró la Arcadia, o se sufre y no se comprende por qué en el espacio vital poco ha cambiado.

Si las mujeres son feministas es porque son mujeres. A pesar de ello, ocurre con frecuencia que se confunde el hecho de tener conciencia crítica con el de haber trascendido el problema histórico en cada feminista. Sucede, sin embargo, que las feministas han desarrollado su subjetividad como un complejo articulado por los aspectos femeninos y feministas de su experiencia.

Las feministas no tienen una conciencia ni femenina ni feminista: la conciencia de las mujeres no es la que otorga su consenso a su ser mujer patriarcal, ni la que le otorga todo su rechazo. Las mujeres más femeninas son feministas y las más feministas son femeninas. Agnes Heller les adjudicó una suerte de esquizofrenia que duraría toda la vida.

Me parece que todas las mujeres padecemos esa esquizofrenia al desarrollar identidades fragmentadas que incluyen el estereotipo masculino negado en la femineidad pero asimilado como lo humano. Franca Basaglia (1983 y 1986) define la locura genérica de todas las mujeres frente a la racionalidad del poder patriarcal.

Algunas formas de constitución de la conciencia feminista llevan a la confusión. Es difícil y doloroso advertir que también las relaciones entre nosotras son enajenadas, que repiten formas de poder tradicional. Espejismos de este tipo conducen a desconocer lo que realmente son las mujeres y lo que es cada una, y reducen e impiden apreciar los cambios progresivos. Es evidente, por otra parte, que los nuevos conocimientos sobre las mujeres y el mundo, elaborados por el feminismo, así como la práctica feminista y su mayor influencia, han generado cambios positivos en las relaciones entre mujeres feministas. Uno muy importantes consiste en la aceptación de las otras y, en ese sentido, de cada una por sí misma.

La condición de la mujer no es lo mismo que la situación de las mujeres. El género ha sido escindido a partir de procesos históricos definidos por la especialización de las mujeres en aspectos de su condición, y por la definición de las mujeres por otras categorías sociales como las clases, las etnias, las lenguas, las religiones y, desde luego, la política.

La mayoría de las mujeres ha sido especializada en la sexualidad procreadora y el resto en la sexualidad erótica. Constituyen lo diferente los fines y los contenidos de ambas sexualidades. Lo común consiste en que, tanto la sexualidad procreadora como la erótica, son para los otros. La mujer no se constituye en sujeto recorriendo los caminos que se le ofrecen para realizar su condición, para realizar su humanidad fragmentada.

Las mujeres concretas encarnan aspectos de la condición genérica. Esto significa que cada modo de vida particular se organiza en torno a unos cuantos ejes de la condición de la mujer.

La especialización de las mujeres ha involucrado diferencialmente categorías sociales y políticas que son antagónicas y permean las relaciones entre las mujeres. Su especialización, aunada a la competencia, genera una diferenciación política que concluye en las dificultades de acercamiento entre las mujeres. Su diferencia de situaciones se transforma en desigualdad. Aunque todas las mujeres viven en opresión genérica, la mayoría vive, además, la explotación de clase o de casta; no pocas también están sujetas a formas de opresión étnica, racial, religiosa o política.

Las diferencias entre las mujeres no son pequeñas. Integran espacios vitales diferenciados e impregnados de un sinfín de contradicciones y antagonismos. Lo que se ha propuesto el feminismo es de gran envergadura: criticar, es decir, aprehender, conocer y saber la realidad y, simultáneamente, develar los elementos de la condición de la mujer en cada una, como un atributo de significado, como la lingua franca de todas. Es preciso el reconocimiento de las diferencias con los demás y entre las mujeres, para poder avanzar con la generación de verdaderos cambios.

#### 11. La enemistad histórica

La enemistad histórica que viven las feministas no es exclusiva de las otras mujeres. Abarca las relaciones entre ellas mismas, que reproducen al poder tradicional sobre la base de nuevos elementos. Se trata, por ejemplo, de obtener poder a partir de comparar quién es más o menos femenina o tradicional, o quién es más feminista. El capital simbólico y político de intercambio está constituido entre ellas por el uso, la distribución o el monopolio del saber feminista y de toda clase de conocimientos; por la participación en la política pública (asistir al grupo, estar movilizada o ir a reuniones, encuentros y talleres); por las experiencias en la sexualidad innovadora y por los nuevos modos de vida; hasta por las modas, la dieta, el tratamiento del cuerpo y sus atuendos.

Las canongías del poder feminista, la vida cortesana, la vida burocrática, los contactos, son nuevas adquisiciones que entran al mundo de la competencia. Por eso es importante tener espacios de poder: grupo, frente, membrete, periódico, revista, encuentro o congreso, representar a las otras, ser jefa. El nuevo capital adquiere una gran dimensión tradicional al combinarse con los viejos elementos de poder entre las mujeres: la riqueza, la clase, la educación, los hombres, la disponibilidad de tiempo... todo.

A la luz de las ponderaciones políticas nacionales, las feministas se miran frente a la historia autoasignándose mayor valor si son de base o populares, sindicalistas, lesbianas, revolucionarias, teóricas, dirigentes, recién llegadas o conversas, o si pertenecen al núcleo de las pioneras, a las que se llama históricas.

Se dividen también porque unas dedican todo a la causa, otras sirven a un amo patriarcal emboscado en algún partido político, y otras más militan en el movimiento popular. Podría seguir la enumeración de grupos, subgrupos y sectas. Lo importante es destacar que la ideología igualitaria del feminismo, niega la diferencia, enrarece y enturbia las relaciones. Al

ocultar la rivalidad y la competencia, contribuye a exacerbar las tensiones y la agresión entre las mujeres.

Poner esta problemática en claro, llamarla por su nombre, llevarla a la conciencia colectiva mediante la palabra, puede permitir acrecentar la cercanía al incorporar las diferencias, vivir entre nosotras y con los demás la riqueza del intercambio, contribuir a la cultura política con un verdadero ensayo de pluralismo. Es preciso integrar las diversas maneras en que las mujeres se encuentran en torno a una proclama común.

El nuevo poder feminista encuentra su asiento en las extrañas combinaciones entre las viejas y las nuevas formas de vida de las mujeres particulares, así como en sus experiencias. No obstante, el poder se conforma tradicionalmente por exclusión y expropiación, con el establecimiento de jerarquías y rangos, ocultos en procesos autogestivos en los que se supone que todas son jefas y base al mismo tiempo, pero con acceso diferenciado a los bienes, a la toma de decisiones y al manejo de la representatividad.

Los elementos que actúan en las relaciones entre feministas e influyen en su intervención en el mundo son las diversas situaciones de vida de cada una, el bagaje con que llegan y entran en contacto con las demás, la utilidad de su capital simbólico para los propósitos del grupo y del movimiento, y la posibilidad de adaptarse al doble juego de negación y ejercicio del poder.

## 12. Feminismo y democracia

El feminismo es parte de la cultura política y trasciende a las mujeres mismas, aunque ellas son sus principales portadoras.

En cada sociedad y en cada grupo social el feminismo tiene la marca de la cultura política dominante: en sus mitos, en sus códigos, en sus reglas escritas o asumidas, en sus formas de relación y de trato; en su esencia, en su definición en torno al poder.

Las formas de hacer feminismo no son inherentes a la personalidad o a la nacionalidad: no se trata de que las españolas sean más feministas que las coreanas, ni de que las mexicanas seamos poco feministas. Además de analizar la dinámica interna del feminismo, debe evaluarse en el conjunto de la sociedad y de la cultura en las cuales interviene y de las cuales forma parte.

El feminismo requiere democracia en la sociedad. Más aún, la democracia debiera ser contenido de su definición. Se trata de una democracia construida a partir del reconocimiento de las formas de poder que genera y en las que se inserta, a partir también del análisis de las formas en que se da la opresión política entre mujeres feministas. Sólo reconociendo las diferencias, matizando y valorando las acciones de cada cual como imprescindibles para el feminismo en su conjunto, éste encontrará su integración. En nada desarrollan al feminismo el autoritarismo, los despotismos, las discriminaciones, las exigencias de fidelidad o la obediencia, el consenso a toda costa que suprime y castiga las críticas o las propuestas diferentes. El feminismo requiere de democracia como tolerancia, como amplitud, como

tendencia a incluir a todas; no como reproducción de marcas de sangre, pureza política, derechos de antigüedad o sometimiento ideológico y político, sino como pluralidad, frente a la permanente exclusión que la cultura de la feminidad hace que unas mujeres impongan a otras. El feminismo requiere la democracia como aceptación de la adhesión parcial a sus planteamientos; no como esa incondicionalidad que sólo logran la fe y el dogma, sustento de la ideología religiosa de la feminidad. Son feministas las mujeres que concuerdan parcialmente con el programa feminista, tanto como aquellas que comparten la mayoría de sus propósitos.

El feminismo no es democracia por definición. Por lo contrario, puede constituirse en otro espacio opresivo. Algunos de sus discursos incendiarios son antidemocráticos por excluyentes y jerarquizadores; entre otros, los que reproducen ideológica y políticamente las jerarquías descalificadoras a partir de valoraciones que ponderan superiores algunas cualidades de grupos, de actividades, de espacios, sobre otras, con este rasero cuando menos inadecuadas: “sólo lo popular es revolucionario”, “si no hay movimiento el feminismo no existe”, “lo que se necesita es trabajo de base y menos verborrea”.

En consideraciones de este tipo hay marcas ideológicas de populismo y movimientismo, tan inadecuadas como las teóricistas o diletantes. El feminismo no es sólo un movimiento social y político, ni es una ideología, ni son unas cuantas organizaciones, ni acciones de masas, es todo eso y mucho más; es una cultura.

Es tal la necesidad de no confundirnos, de no contaminarnos, que desconocemos que en cada acto antipatriarcal hay feminismo aunque no se autodesigne como tal. Y que el despliegue del feminismo no depende exclusivamente de lo que hagan las feministas, ni siquiera de lo que hagan las mujeres: en cada hecho que abre nuevas formas de vida no opresivas en cualquier ámbito de la sociedad y de la cultura, el feminismo se enriquece y encuentra donde florecer.

El feminismo es democracia cuando une en el pequeño grupo, o en el sindicato, o cuando realiza una manifestación; lo es también en el aula, la poesía, la representación teatral; en el parto, en las cuatro paredes de la casa y en la soledad frente al espejo.

El feminismo requiere de la democracia frente al sexismo: no sólo contra el que elige a los hombres como enemigos, sino contra el sexismo de mujeres que se ensañan contra las mujeres.

El feminismo requiere de la amistad, del encuentro, de la solidaridad. Si es cierto que cada movimiento y cada crítica cultural encarnan su propia utopía, el feminismo requiere ser convincente, comprensivo, tolerante, incluyente. Debe reivindicar la diferencia entre nosotras si en verdad queremos superarla.

El feminismo es una actitud. Todas somos feministas. El feminismo es una práctica. Pero, ¿cuánto de la vida de cada una toca el feminismo? ¿Es comparable la pequeña desobediencia silenciosa de una mujer en un ambiente totalitario, con la liberalidad de quien vive en una sociedad democrática? No, no son comparables. Ambos son hechos extraordinarios.

El feminismo es una forma de conciencia social. Es una filosofía y se transforma en ideología política. Pero es también un movimiento, una sabiduría y, conocimientos nuevos. Es todo eso y mucho más. No sólo los triunfos jurídicos o las manifestaciones multitudinarias son feministas; lo son igualmente todas las acciones, las ideas, los sentimientos de las mujeres que se oponen a la opresión patriarcal, y todas aquellas que se destinan a construir nuevas relaciones sociales personales y públicas, nuevas sexualidades, nuevos afectos, valores y creencias, nuevas formas de vida y nuevas identidades para todos. En palabras de Dora Kanoussi, el feminismo se propone "...la conversión de mujeres y hombres en seres genéricos, o sea, la creación de una sociedad donde el libre desarrollo de cada quien sea condición del libre desarrollo de los demás. El feminismo, expresión particular, a fin de cuentas, del comunismo, es la lucha por romper la primera contradicción histórica, la contradicción entre mujer y hombre y es la lucha por el restablecimiento de la primera relación auténtica del hombre consigo mismo, que es la relación hombre – mujer".

La metamorfosis no sucede de la noche a la mañana, "cuando se dé una gran acumulación de fuerzas". El cambio no irrumpe; sucede. La revolución feminista es la unión de subversión y reforma permanentes, constantes, desiguales. Grupos de mujeres y cada mujer dejan lo que otras desean y las hay que luchan desde el feminismo por lo que otras, también feministas, ya dejaron por opresivo, porque el feminismo de todas atiende a la condición genérica, mientras el feminismo de cada una es expresión de la vida personal, cotidiana y concreta, de la experiencia particular y única. ¿Por qué clasificarnos con exclusivismos, con discriminación?

Seamos feministas y apliquemos la crítica al poder a nosotras mismas y no sólo a la "sociedad patriarcal", al "machismo", a los hombres. Poseer el título de feminista es posible, pero ser feminista no asegura nada. Debemos reconocer las propias limitaciones y las posibilidades de construir con las otras - nosotras una complicidad, una paridad, para juntas cambiar la vida.

Aspiramos al poder como afirmación de los sujetos sociales, basada en la convivencia cooperativa y autogestionaria: a imprimir a la vida social y a la cultura, a la experiencia de todos, nuestra peculiar concepción de las cosas; a construir con otros grupos sociales -antagónicos al poder autoritario, a la opresión, a la explotación- una nueva hegemonía.

### 13. Dora

Con Dora hemos hecho muchas cosas y esto entre mujeres es inusitado. Juntas, tarde a tarde, entre cursos y seminarios, asambleas y manifestaciones, nos hicimos antropólogas.

Cuando nos conocimos ni siquiera imaginamos que ya éramos parte del mundo del 68, necesaria referencia histórica y mítica del mundo de hoy. En él, descubrimos en la práctica el compañerismo y la lucha por la democracia. En los setenta pasamos del estudio del Capital y del Estado y la Revolución, a la "Formación de los intelectuales". Entonces, una larga lista de compañeros dimos un viaje radical a nuestras vidas, al ser llamados al viejo PC, y desde entonces hemos fundado sindicatos, hemos hecho huelgas y muchas otras cosas, como el PSUM y ahora el PMS, el Frente Democrático...

Con Dora hemos llenado el aire de la tarde con confesiones y nuestras intimidades; hemos sido escuchadas de nuestras broncas con nuestros hombres, en el trabajo, en el partido y de nuestras complejas maternidades.

Desde ahí, un día hace ya diez años, Dora nos llamó a sus camaradas amigas a discutir el feminismo que nos era tan femeninamente ajeno y hostil, por pequeñoburgués y divisionista. En la hospitalidad de su casa y de su sabiduría, en locales y grupos, en encuentros feministas que nos discriminaron por comunistas, y en congresos socialistas que aprobamos feministas y, sobre todo, en la escritura, el feminismo nos ha envuelto en su fascinación.

Nos hemos dado compañía amistosa; hemos chismeadado, estudiado y escrito. Desde la lectura de Simone de Beauvoir, la Kolontay y la Chodorow, pasando por la hechura de nuestro periódico feminista de cuatro números *La mitad del mundo*, hasta nuestra colección editorial, que repitió el nombre -en la que sólo publicamos dos títulos de Basaglia-, los libros siempre han estado entre nosotras y son huéspedes intercambiables de nuestras bibliotecas.

Con Dora nos hemos divertido y hemos estado próximas y cálidas en momentos significativos de nuestras vidas y de nuestros mundos.

Con Dora siempre he aprendido algo, y he cambiado. Recuerdo cuando en el Encuentro Sindical sobre la Condición de la Mujer organizado por las feministas poblanas, al que fuimos a exponer sendas ponencias, no salía de mi azoro y de una molestia profunda cuando yo reivindicaba a la estrategia de una nueva feminidad y Dora, con su sabiduría de voz baja, me dijo: “no se trata de seguir en lo mismo pero mejorado, sino de construir una verdadera humanidad”. Tardé tiempo en digerirlo. Es doloroso dejar de ser, de la única manera que una sabe serlo, pero es necesario. Nada es más opresivo para las mujeres que el contenido de género que tenemos. Pero, ¿si en verdad cambiamos, qué habrá quedado de las mujeres? Sólo un pasado compartido con otros que mirarán atrás, en el recuerdo, para reconocer la historia de la discontinuidad, de la enajenación. Confirмо: Dora siempre está un paso adelante y siempre también está en la disposición de compartir, de descubrir con los demás y de construir opciones nuevas de vida para todas.

#### 14. La sororidad

Desde nuestra experiencia como compañeras, como militantes y como amigas feministas nos hemos encontrado en la sororidad, vivida primero y teorizada después.

La sororidad parte de un esfuerzo por desestructurar la cultura y la ideología de la feminidad que encarna cada una, como un proceso que se inicia en la amistad/enemistad de las mujeres y avanza en la amistad de las amigas, en busca de tiempos nuevos, de nuevas identidades. Las francesas (Gisele Halimi) llaman a esta nueva relación entre las mujeres, sororité, del latín sor, hermana; las italianas dicen sororitá; las feministas de habla inglesa la llaman sisterhood; y nosotras podemos llamarla sororidad: significa la amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear, convencer, que se encuentran y reconocen en el

feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario.

La sororidad es en esencia trastrocadora: implica la amistad entre quienes han sido creadas por el mundo patriarcal como enemiga.

La alianza de las mujeres en el compromiso es tan importante como la lucha contra otros fenómenos de la opresión y por crear espacios en que las mujeres puedan desplegar nuevas posibilidades de vida.

En otros momentos, el feminismo y otras corrientes concibieron la opresión de las mujeres como exterior a las mujeres mismas. Para acabar con ella, sólo se hacía necesario modificar las relaciones mujer - hombre, producción - reproducción, públicas y privadas, las instituciones y algunas normas. Esto continúa vigente. Pero hemos comprendido que el feminismo pasa por la transformación profunda de las mismas mujeres y de las mujeres entre sí, porque las mujeres no somos solamente víctimas de la opresión; somos significativamente sus criaturas más sofisticadas cuya tarea vital es la recreación cotidiana del mundo patriarcal.

La sororidad en el mundo de la enemistad histórica entre nosotras, de la escisión del género femenino en mujeres antagonizadas, pasa por deponer las armas contra las pares, para construir en cada una mujeres que, al cambiar su relación con las otras - enemigas, al convertirlas en amigas, se afirman en la unicidad de sí mismas.

Traigo aquí la sororidad porque es una de las propuestas más radicales de la nueva cultura feminista, porque necesitamos pensarla, proponer mediaciones y actuar. Porque con Dora y con otras amigas la estamos construyendo. Quisiera ampliarla a todas, como una pedagogía de los descubrimientos y de las preguntas que vamos haciendo las mujeres, quienes aún en condiciones adversas, nos encontramos.

Requerimos la sororidad como superación de la relación más opresiva de todas, que es la relación real, simbólica, imaginaria y fantástica, que mantiene un lazo desigual y asimétrico entre las mujeres. La sororidad es separación también de esta escisión constitutiva de cada una. Se trata de la reputación, de la proyección, de la puesta en el acto, del nudo político madre - hija, yo y la otra.

Las relaciones de amor/odio entre las mujeres están siempre atravesadas por la envidia que funda la rivalidad entre nosotras. En el mundo patriarcal esta rivalidad encuentra su fundamento y se reproduce en la competencia permanente por ocupar un sitio en él.

En la relación básica con la amiga, las mujeres encuentran la madre afectiva que no es la madre omnipotente de la pequeña niña, sino una mujer, una igual, de la cual aprenden, a la cual enseñan, con quien se acompañan, con quien construyen. No es más la madre, aparece la hermana como compañía. La sororidad puede significar la realización del deseo oculto que moviliza a la mujer a la búsqueda del objeto perdido, de la madre perdida.

Esta nueva relación sororal paritaria entre las mujeres implica un doble cambio: es el

encuentro con la madre simbólica resignificada por la aceptación de la otra, y es una metodología que permite a las mujeres construir una identidad íntegra y cohesionada, no fragmentaria ni infantil. En esta relación, unas son el espejo caleidoscópico de las otras, que a su vez, lo son de otras, y así sucesivamente. Cada cual permite a las demás mirarse a través de la mirada y la escucha, de la crítica y del afecto, de la creación, de la experiencia.

Pero en la sororidad se encuentra la posibilidad de desarticular, además de la enemistad histórica mujer - mujer, la opresión patriarcal entre los géneros (hombre- -mujer).

El feminismo tiene como centro la creación de nuevas identidades para las mujeres, y la sororidad ocupa una posición fundamental en la desestructuración de la feminidad tradicional. Sólo por la vía de develar la carga de agresión que tenemos unas hacia otras y de ir desmontándola, esa agresión no se vuelve contra nosotras. La sororidad es la posibilidad de usar para nosotras mismas, en la alianza, los conocimientos y las prácticas amorosas, los cuidados afectivos e íntimos que, en la división genérica del mundo como madres, volcamos hacia los hombres y hacia los otros.

Se trata de vencer el desapego de las mujeres de sí mismas, su desamor, y de que el sistema genérico patriarcal no tenga más a las mujeres como siervas voluntarias, sino que encuentre en ellas la negación a servir, a cuidar, a trabajar invisiblemente para otros, que no haya más renuncia, culpa, agresión y dádiva. La sororidad aparece, pues, como espacio previo y como mediación para alcanzar la completud. Las mujeres podemos cuidarnos a nosotras mismas, lograr que la mirada diaria al espejo esté dedicada a reconocernos y la mirada a las otras sea para mirarnos en ellas y nuevamente reconocernos. La herida fundante de la madre niña sin madre de la que nos habló Franca Basaglia hace años, sólo puede ser cicatrizada con la alianza entre las amigas.

En el mismo ámbito de la modificación de identidades, es indispensable reformar la maternidad: quitar al ser mujer el contenido esencial de ser madre que no es otro que ser, pertenecer, actuar y vivir para los otros y por su mediación. La sororidad implica, en lo social y colectivo, el encuentro con la parte oculta interior de cada una en la afirmación del propio deseo, en el protagonismo.

Así, la sororidad muestra sus bondades, tanto en la superación de la enajenación histórica que nos escinde en yo y las otras, como en la imprescindible construcción del nosotras.

El encuentro con las otras, ser las otras, es necesario elemento de la construcción de un Yo integrado, de un Yo que suture la escisión en cada una y la escisión histórica que nos ha enfrentado. Las mujeres de hoy requerimos de la sororidad en la construcción de la correspondencia entre nuestra transformación en sujetos sociales, con nuestra transformación en protagonistas de la vida de cada una.

## 15. La palabra

“Dar voz a la diferencia”, nos dice Dora, es el principal asunto feminista. Construir una representación del mando unilateral desde nuestro lugar, con nuestros lenguajes y códigos que sintetizan lo consciente y los inconsciente, los afectos, los deseos y la inteligencia. Construimos una subjetividad de la transformación que ha de ser libre, no rígida. El feminismo ahí se acerca a formas más complejas de conocimiento: aquellas que se proponen aproximaciones unilaterales, a realidades que cambian y que no constituyen verdades. Son formas del conocimiento múltiples: el feminismo integra diversas ciencias pero también otras formas del conocimiento como la meditación, la danza, el erotismo, el arte, para aproximarse al conocimiento de la realidad, en primer término, de las mujeres mismas.

Es la valoración de lo intelectual como nueva dimensión del sujeto mujer que construye la palabra para nombrar lo oculto, lo reprimido, lo innombrable. De ahí la importancia de la historia, de la antropología, de la filosofía, de la política. Es la sabiduría feminista que podemos transmitir como lo hicimos con la lengua materna.

Hablo de una lengua sororal: una palabra para descodificarse en la escucha y la voz con las otras, con las amigas. Hablo de nombres para hechos no representados, interpretaciones y dudas sobre la existencia y sobre la historia. La lengua sororal, la sabiduría feminista tiene frente a sí rehistorizar, escribir sus propios hechos y develar lo negado en la historia, para resignificar la historia genérica y la de cada una.

Así, aparecen cuerpos que trabajan, que crean, que transmiten y recrean la cultura, los modos de vida y las relaciones básicas de poder. Pero se escucha también el susurro y el siseo del secreto, y el cuchicheo y la voz baja de la intimidad y el erotismo. Es la voz de las mujeres, la conocemos, y podemos convertirla en literatura, en escritura, para otorgarle el poder, la palabra.

El esfuerzo intelectual del feminismo constituye en sí mismo una revolución cultural que tiene que ver con las mujeres, pero también con la transformación de los hombres y, a nivel simbólico, con lo femenino y lo masculino del cosmos y de la vida toda.

“Ya nada se reduce al denominador común anterior: la opresión que nos permitía jugar el eterno papel de las víctimas eternas. Ahora las mujeres son llevadas por ellas mismas, a través de sus propias experiencias, a la búsqueda de un referente general, a la propia definición de sí”.

## 16. Radicalidad feminista

El feminismo es subversivo también, por la sororidad que rompe la soledad femenina de las mujeres y encamina a cada una hacia las otras, y a todas a la colectividad: el Yo nosotras, a la constitución de cada una en protagonista, en sujeto, así como del género en sujeto histórico.

Más allá de la voluntad de las feministas, el feminismo significa, a diferencia de otras luchas, un inicio hacia fuera, e inmediatamente cambios interiores en las mujeres, desestructuración

de identidades, pequeñas muertes, y renaceres. Como construcción de formas alternativas de ser, el feminismo involucra y pone en cuestión como estrategia, la lucha actual por la diferencia histórica, y a la vez, la desaparición histórica de los géneros.

Las mujeres constituyen un sujeto revolucionario muy complejo por el carácter y la dimensión de las transformaciones que propone. Las luchas por la desaparición de la opresión desde la cama hasta la calle, y por la creación de un nuevo mundo, significan revolución en acto de la vida cotidiana, de las relaciones sociales, de las instituciones, del Estado, de la cultura y, sobre todo, de los géneros, en el presente, no para el futuro.

Las corrientes principales del feminismo actual no son sexistas como pretenden algunos; por el contrario, el feminismo es una concepción democrática del mundo. Pero los temores infundados ocultan temores intuidos más profundos.

El feminismo no se propone estructurar un cuadro al revés en que las mujeres matriarcales opriman a los hombres. Pero el miedo al feminismo responde a un propósito real: el feminismo actual lucha por la desaparición de los géneros, por lograr la identidad de unas con otros, su real intercambiabilidad. De continuar cambios así en la sociedad y la cultura, el presagio de las feministas, de estas transgresoras, el hechizo de estas brujas modernas, consistente en que desaparezcan los hombres y las mujeres de la faz de la tierra, será otra historia. Y ese presagio, ese hechizo, ese cuchicheo, es la buena nueva que pasamos de boca en boca, unas a otras, las mujeres.

## BIBLIOGRAFIA

Adorno, Dahmer, Heim, Lorenzer y Jensen. 1986, Teoría crítica del sujeto. Ensayos sobre el psicoanálisis y materialismo histórico. Siglo XXI, México.

Alonso, Martín. 1982, Enciclopedia del idioma. Aguilar, Madrid, España.

Basaglia, Franca. 1983, Mujer, locura y sociedad. Universidad Autónoma de Puebla, México.

----- 1986, La mujer, una voz. Universidad Autónoma de Puebla, México.

Beauvoir, Simone de. 1981 (1949), El sagrado sexo. Los hechos y los mitos. Las experiencias vividas. Siglo XX, Buenos Aires, Argentina.

Borges, Jorge Luis. 1974 (1949), "El Aleph", en Obras completas, 533-629, EMECE, Buenos Aires, Argentina.

Foucault, Michel. 1980, Vigilar y castigar, Siglo XXI, México.

Gramsci, Antonio. 1975. "El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce", en Obras de Antonio Gramsci, v.3, Juan Pablos, México.

Heller, Agnes. 1972, *Historia y vida cotidiana*, Grijalbo, México.

----- 1980, "La división emocional del trabajo", en revista *Nexos*, 29-38, México.

Kanoussi, Dora. 1980, "La cultura de la opresión", en *Memorias del primer encuentro sindical sobre la condición de la mujer*, 90-94. SUNTUAP 15, Puebla, México.

----- 1983, "El espejo histórico del feminismo", en Basaglia, F. *Mujer, locura y sociedad*, 65-71. Universidad Autónoma de Puebla, México.

Klein, Melanie. 1980, "El sentimiento de la soledad", en *Obras Completas*, 6:173-270. Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Lagarde, Marcela. 1980, "Recuperemos nuestra memoria feminista. Apuntes para una historia del feminismo en México", en *Memorias del primer encuentro sindical sobre la condición de la mujer*, 110-134. SUNTUAP 15, Puebla, México.

----- 1988, *Antropología de los cautiverios de la mujer*. Tesis doctoral (Inédito). Universidad Nacional Autónoma de México.

Marx, C. Y Engels, F. 1969 (1848). "Manifiesto del Partido Comunista", en *Obras escogidas*, 34-63. Progreso, Moscú, URSS.